

emperatriz Teodora se le metió en la cabeza sustituir en su lugar á Vigilio, diácono de la Iglesia romana que habia permanecido en Constantinopla.

Hábale sondeado Teodora y los historiadores interesados en exagerar los defectos de Vigilio dicen que ella habia creído descubrir en él todas las cualidades convenientes al designio que revolvía en su ánimo: una pasión de elevarse que nada respetaba; una audacia capaz de emprenderlo todo, y al propio tiempo bastante dominio sobre sí mismo ó bastante disimulo para engañar á todos los que fijaban la vista sobre la mas eminente y mas santa dignidad de la Iglesia y para salvar todas las apariencias con su regularidad exterior (1). Llamóle la emperatriz, y con todos los artificios de la seducción, le manifestó las miras que tenia acerca de su persona. Representóle que miraba como una indignidad en la Iglesia el dejar abandonado el mas distinguido mérito en un grado subalterno: que era necesario justificar el concepto que ella tenia de él por una grandeza de celo y de valor capaz de sacar vencedora de la ignorancia y de la adulación á la verdad casi estinguida; que se trataba de proscribir el Concilio de Calcedonia, y unirse para esto y comunicar con los verdaderos obispos de las principales Sillas, Antimo de Constantinopla, Teodosio de Alejandria y Severo de Antioquia; que en este concepto le daría sus órdenes para Belisario y setecientas libras de oro, cuyos medios eran necesarios en las circunstancias presentes para el bien de la Iglesia y que sin duda ninguna allanarían todas las dificultades. Así coloreaba Teodora el atentado mas odioso y la simonía mas execrable empleada para llevar á cabo su atentado. El ambicioso Vigilio ofreció cuanto se exigía de él, y par-

(1) Liberat. brev. c. 22; Marcel. Chron. ann. 536.

tió al punto á Roma donde encontró á Silverio sentado sin inquietud alguna sobre la Cátedra de San Pedro. Propusieron á este Pontífice de parte de la emperatriz el restituir á Antimo á la silla de Constantinopla. Aunque los autores de esta propuesta sabían bien que se negaría á ello Silverio despues de la deposición tan solemne y tan legítima de aquel patriarca, buscaban tener un pretexto de qué valerse para turbar á Silverio en su pacífica posesión, y tal vez para poner en movimiento á Belisario, que siempre habia respetado la Religión. Pasó Vigilio sin tardanza á visitar á este general en Rávena, donde le entregó las cartas de la emperatriz; y para disipar mas fácilmente sus escrúpulos, de las setecientas libras de oro le ofreció doscientas, pues economizaba hábilmente sus fondos para acudir á todas partes, y en particular para colorear de algun modo su usurpación, ganando votos en el clero.

Este era el estado de las cosas cuando acusaron al Papa Silverio de haber escrito á los godos para entregarles los muros de Roma: acusación tan agena de toda verosimilitud, que antes bien todos estaban persuadidos de que por la intervención del Pontífice los romanos, llamados por la reina Amalawinta contra el usurpador de los derechos de la soberanía, habian expulsado á los bárbaros de su ciudad, la cual por el curso ordinario de esta especie de sucesos quedó bajo el dominio de aquellos, cuyo auxilio se habia implorado. Asegurábase tambien que dos hombres inicuos, cuyos nombres se decían, habian fingido cartas, con las que pretendían probar que Silverio era reo de Estado, y que sus enemigos afirmaban que las habia dirigido al rey Vitiges (1). Belisario estaba interesado en ser crédulo en esta ocasión, ó á lo menos en aparentarlo. Llamó

(1) Evagr. lib. 4, c. 19.

sin embargo al Papa á su palacio, donde de acuerdo con su muger Antonina, mucho mejor instruida que él en las maniobras de la emperatriz, dijo en secreto á Silverio, que solo encontraba un medio de salir de este mal paso; y que para ello era necesario renunciar al Concilio de Calcedonia, y autorizar por escrito la creencia contraria. El Papa al salir del palacio refirió á los que le acompañaban la proposición que le habian hecho, y despues se retiró á la iglesia de Santa Sabina como á un asilo inviolable, pero se halló medio de sorprenderle y le prendieron. A la mañana siguiente reunió Belisario los presbíteros, los diáconos y todo el clero romano, y les mandó que eligiesen otro Papa. Resistíanse unos y mostrábanse otros dudosos, ya porque creyesen en efecto que la potestad Real habia tenido la principal parte en la elección de Silverio, ó ya mas bien porque corrompidos con el oro de Vigilio, pretestaban de mala fé este motivo especioso. Sea de esto lo que fuere, la tentativa salió felizmente, y ordenaron Papa á Vigilio el 22 de noviembre de 557. Entonces Belisario escribió al simoníaco para que le pagase sus doscientas libras de oro y cumplierse la oferta hecha á la emperatriz.

Al Papa Silverio le echaron inmediatamente á Pátara, en Licia; pero el obispo de esta ciudad, horrorizado á vista de un atentado inaudito hasta entonces entre los fieles, marchó á Constantinopla para ponerlo en noticia de Justiniano, que ignoraba enteramente las órdenes dadas á Belisario por la emperatriz, y amenazó al emperador con el juicio del Hijo de Dios ultrajado en su Vicario. Mandó Justiniano que Silverio regresase provisionalmente á Roma, y que se hiciese una información jurídica de la conspiración de que se le acusaba, y que en el caso de que existieran pruebas ciertas de ella, fuera á vivir en cualquiera otra ciudad, mas sin perder

nunca la posesión de los derechos del pontificado; pero que si la acusación careciese de fundamento, volviera á ocupar el lugar y los honores debidos á su Silla. Dicese que el diácono Pelagio, á quien Agapito, desgraciado siempre en la elección de los que honraba con su confianza, habia dejado en calidad de legado suyo en Constantinopla, estorbó con todo su poder que se cumplierse la voluntad del emperador y que regresase Silverio á Roma. Mas sean cuales fuesen los autores de tan odiosa trama, no cabe duda sin embargo de que se ejecutó la orden del príncipe y que Silverio regresó á Roma.

No por esto abandonó Vigilio el fruto de sus maldades; porque apremiado de nuevo á Belisario le escribió diciendo: «entregadme á Silverio, pues sin esta condición no estoy obligado á daros lo que os he ofrecido.» Entregaron, pues, á Silverio á la facción de Vigilio, la cual le condujo por su orden á la isla de Palmaria, donde fué encerrado con la mayor severidad. La libertad con que condenó desde su destierro al profanador de su Cátedra, y las demostraciones del mas profundo respeto que allí le tributaron los mas dignos obispos, sirvieron únicamente para atraerle unos tratamientos mas indignos. Rayó la crueldad hasta el punto de hacerle perecer de hambre y de miseria; no rápidamente, pues esto hubiera hecho dar á sus perseguidores el nombre de verdugos, sino con un artificio pérfido, tanto mas inhumano cuanto mas lo prolongaron, pues se le atribuyen dos años de pontificado, y por consiguiente eso duró su persecución, que principió pocos meses despues de haber sido elegido Papa, y solo finó con su vida el 20 de julio de 558.

Entonces Vigilio, en cumplimiento de sus promesas sacrílegas, escribió á Teodosio de Alejandria y á los obispos depuestos de Constantinopla y Antioquia, Antimo y

Severo, y confesó la misma fé de ellos con el encargo de que nada divulgasen, sino que por el contrario fingiesen desconfiar de él. Así contemporizaba con el partido de la emperatriz, para conservarse en la posesion de la Santa Sede. Mas interin halagaba á los hereges y mostraba en secreto opinar como ellos, profesó públicamente la fé ortodoxa, y dió el testimonio mas auténtico de ello al emperador. Segun costumbre, el patriarca de Constantinopla habia enviado su profesion de fé al nuevo Papa, quien dudoso sobremanera á vista de la diversa disposicion de los ánimos, no se apresuró á contestarle. Unidas estas tergiversaciones á algunos sordos rumores de su conexion con los cismáticos, empezó á sospechar Justiniano, y así escribió de tal manera á Vigilio, que el Pontífice no pudo excusarse de esponer su creencia.

En su respuesta elogió el celo y la fé del emperador, y declaró que la suya no era otra que la de sus predecesores Celestino, Leon, Hormisdas, Juan y Agapito: que recibia con los cuatro Concilios la carta de San Leon, y que pronunciaba anatema contra todos los que creian lo contrario, y en particular contra Severo, Pedro de Apamea, Antimo, Teodosio de Alejandria y contra el monge Zoara. Añadia, que habiendo sido todos estos novadores suficientemente condenados, no habia juzgado preciso escribir sobre esto á Mennas (1). A fin de disipar toda sospecha acerca de este punto, escribió finalmente al Patriarca en el mismo sentido que al emperador (2). En una palabra, el Papa desde que se le pudo dar con justicia este título, es decir, despues de la muerte de Silverio, no solo se mostró ortodoxo, sino que hizo creer que habia adoptado sentimientos mucho mas dignos

(1) Vigil. Epist. 4.

(2) Id. Epist. 5.

que antes y mas propios del puesto que ocupaba. Afirman algunos autores que renunció el pontificado hasta que se le confiriere legitimamente en una nueva eleccion: asercion infundada y en el fondo enteramente inútil (a). Ello es constante que eligió cuidadosamente acerca de todo lo que creia poder perjudicar á los santos Concilios, ostentando, á lo menos por intervalos, mucho valor y resolucion, y sosteniendo con bastante constancia una persecucion mirada como un castigo de su primera conducta (b).

(a) Natal Alejandro que niega la segunda eleccion de resulta de la renuncia, dice, que muerto Silverio fué Vigilio proclamado Papa por legitima asamblea: *murtuo Silverio, Vigilius legitimis comitiis Pontifex renuntiatus est. Saec. VI. (N. del E.)*

(b) A muchas reflexiones podria dar margen el cambio de conducta que se observó en Vigilio desde que quedó constituido legitimo pastor supremo de la Iglesia. De ellas, sin embargo, nos abstendremos, pues basta indicar la admirable providencia con que el Señor vela por la Santa Sede y que tanto se descubre en este suceso, no permitiendo que el error se entronice en la Cátedra de Pedro y cuidando siempre de que de ella solo salga la doctrina de verdad y de salvacion. La conducta que observó Vigilio desde que fué legitimo Papa es muy digna de atencion bajo este concepto. De su celo tenemos una prueba en la Epistola que escribió á Profuturo, obispo de Braga, que le habia consultado sobre varios puntos importantes.—Era el primero acerca de la conducta que observaban los priscilianistas, los cuales se abstentaban de carnes, no por espíritu de mortificación, sino porque reputaban prohibida su comida. El Papa reprueba esta conducta como errónea y como semejante á la de los maniqueos, apoyándose en varios textos de la Escritura y en la doctrina de los PP.; y concluye diciendo que ni reprueba la abstinencia agradable á Dios, ni puede estarse en comunicacion con los que execran las criaturas del Señor.—El segundo punto versaba sobre que algunos en vez de decir al fin de los Salmos *Gloria Patri, et Filio, et Spiritu Sancto*, suprimian la particula *et* despues del *Filio*, de manera que daban á entender que el Hijo y el Espíritu Santo eran una misma y sola persona. El Papa condena esto como un error, y prohibe la comunicacion con los que se empeñen en sostenerlo.—El tercer artículo trataba de cómo se habian de recibir en la Iglesia los que estando bautizados se habian pasado á los arrianos y sido de nuevo bautizados por estos, y que querian luego volver al gremio del catolicismo. El Papa contesta que sobre el particular le enviaba lo que la Iglesia habia decidido en semejantes casos, y añade que la penitencia que se les impusiera debia ser proporcionada al delito y á las disposiciones del penitente, dejando la apreciacion de esto á la prudencia de los prelados, á quienes previene tambien que la reconciliacion no debe efectuarse con aquella imposicion de las manos en que se daba á los penitentes para volver á la comunión de la

En Belisario fué en quien principalmente vengó el Señor el enorme atentado cometido contra la Cabeza de su Iglesia. A pesar de sus luces, de los remordimientos de su conciencia y de su magnanimidad natural, se habia hecho instrumento de las pasiones ajenas; y mientras que los godos arrianos respetaban religiosamente la iglesia de San Pedro, sita estramuros de Roma, á cuya ciudad que tenian sitiada, él habia tratado con cruel impiedad al sucesor de este Apóstol. No tardaron en verse los efectos de la divina venganza. El general romano hizo levantar de nuevo el sitio de Roma, y aun marchó á sitiar á Vitiges en Rávena: persuadió á este príncipe á que se rindiese, y le envió á Constantinopla donde pasó del estado de rey al de patricio. Pero estos triunfos tan admirables por su importancia y por su rapidez, solo se los concedia el Arbitro Supremo de nuestras fortunas y de nuestras desgracias, para que contrastasen mas á las claras con la humillacion de sus últimos años.

Quando los godos supieron la cautividad de Vitiges, eligieron sucesivamente muchos reyes que no les agradaron, y

Iglesia.—Versaba la cuarta pregunta sobre el modo de reconciliar las iglesias que hubiesen sido destruidas, cuando de nuevo se restaurasen, y contesta que esto se hará celebrando la santa misa y reponiendo en ellas los vasos sagrados.—En la respuesta á la quinta pregunta le dice el Papa que el día de la Pascua aquel año era el 22 de abril, y le envia una copia del modo con que debian celebrarse las fiestas del Señor y de los Santos.—En el sexto párrafo dice así: «Si algun obispo ó presbítero no bautizare, segun el precepto del Señor, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, sino que lo hiciere en nombre de una sola Persona de la Trinidad, ó de dos, ó de tres Padres, ó tres Hijos, ó tres Paracletos, sea arrojado de la Iglesia de Dios.» Finalmente, en el sétimo demuestra el primado de la Iglesia Romana, llamándola fundamento, madre y maestra de todas las iglesias; y dice que se deben llevar á la Silla de Pedro los juicios de los obispos y todas las causas mayores.—Esta Epistola tiene la fecha de 1.º de marzo, y en su inscripcion se leía antes el nombre de Eleuterio, obispo, pero está demostrado que fué dirigida á Profuturo. Véase el tom. 2 de la coleccion de Aguirre. (N. del E.)

finalmente á Tótila, que restableció sus cosas. Belisario habia partido ya de Italia por este tiempo á causa de las sospechas sugeridas á Justiniano, de que su general pensaba hacerse emperador de Occidente. Hizole marchar contra los persas, que conducidos por su rey Cosroas causaban los mas espantosos estragos en Mesopotamia y Siria. Antioquia, despues de otras muchas plazas, fué tomada por asalto y arruinada de tal suerte, que habiéndola reedificado Justiniano mas adelante no pudo restituirla su primer lustre ni su primitiva grandeza. No correspondió Belisario á las grandes ideas que de él se habian concebido: lo mas notable que hizo en Oriente fué apoderarse de un puesto que le abria un campo ventajoso. Mas perdióle casi al punto, y los persas avanzaron por todas partes con una audacia insolente, mientras que un triste y cobarde terror parecia haber debilitado á los romanos que se dejaron derrotar poco á poco, y perdieron las dos terceras partes de su ejército en una inaccion oscura é ignominiosa (1).

No presentaban los asuntos mejor aspecto en Italia. Mandó el emperador volviese Belisario á aquel teatro tan glorioso poco antes para este guerrero; mas ya no era el mismo hombre, ó no le seguia ya la misma fortuna.

Recobró Tótila á Rávena casi á vista de este famoso capitán, y se apoderó de Roma por asalto. En otro tiempo la prosperidad de Belisario habia despertado las sospechas en el ánimo del príncipe, y ahora sus reverses se achacaban tambien á crimen, poniendo el colmo á su desgracia las intrigas de la córte. Por espacio de cinco años consecutivos le dejaron en Italia sin enviarle tropas ni dinero. Lo que tenia se consumió sin hacer nada, y vióse obligado á

(1) Procop. de bell. pers. lib. 2.

regresar á Constantinopla con los infelices restos de un ejército, que en lugar de admiracion solo escitaba lástima. Pero esta compasion de los ciudadanos vino á aumentar las sospechas del emperador. Acusado de haber tomado parte en una conspiracion en que se hallaba complicado uno de sus domésticos, pasó Belisario los últimos cinco años de su vida en la mas completa desgracia, privado de todas sus dignidades; prueba asaz notable de la inconstancia de la fortuna, sin que por esto demos crédito á las relaciones novelescas de algunos autores que representan á Belisario ciego y mendigando. Esta fábula no empezó á cundir hasta despues del siglo XI.

Dominaaba entonces en Justiniano una pasion mas fuerte que nunca por intervenir en los asuntos de la Religion. No bien terminó la cuestion de los acéfalos, la emprendió con los origenistas. Sus dogmas, tan extravagantes como heréticos, se habian arraigado fuertemente, á la sombra de la calma y de la ociosidad, en las cabezas débiles y en las imaginaciones exáltadas de los falsos contemplativos. En vida de San Sabas muchos monges de su observancia se habian preocupado á favor de estos errores antiguos, á los que se daba un aspecto de novedad reproduciéndolos bajo de nuevas formas; pero el respeto que se tenia al santo abad impidió que se propalasen durante su vida; mas despues de su muerte no se guardó miramiento alguno. La fermentacion dividió de tal modo los ánimos entre los monges de diversas comunidades, que los de la pequeña laura, edificada últimamente por San Sabas y muy inficionada del origenismo resolvieron destruir la grande, de donde acababan de ser espulsados unos cuarenta de estos perturbadores. Llenos de furor y de precipitacion armáronse todos juntos de estacas y palancas, y llevando consigo tropas auxiliares de paisa-

nos, marcharon á la laura grande como una ciudadela con el designio de no dejar piedra sobre piedra. Mas aunque sucedió esto á la mitad del dia, se vieron envueltos en una niebla tan espesa, que no veían el camino, y andando extraviados todo aquel dia y el siguiente se hallaron al otro dia cerca de otra habitacion de solitarios (1), incidente que se miró como un milagro y se atribuyó á las oraciones de San Sabas, que de este modo salvaba su escuela del furor de sus mismos discípulos. El emperador irritado en extremo, decretó la ruina de los origenistas, y compuso una larga declaracion en la que refiere los errores atribuidos á Origenes para hacerlos proscribir severamente.

Por este documento (2) vemos que la mayor parte de ellos consistian en negar la eternidad de las penas del infierno. Transcurrido algun tiempo, segun los origenistas, debia tener fin el castigo de todos los malos espíritus, tanto hombres como demonios; pues decian que Jesucristo sería crucificado por los demonios, como lo habia sido por los hombres, y que todas las inteligencias serian restablecidas por último en su primer estado de espíritus puros; porque en este sistema, las sustancias racionales y particularmente las almas humanas existiendo antes que sus cuerpos, habian sido encerradas en ellos como en prisiones, por haberse disgustado de la contemplacion divina y haberse inclinado al mal. Añadian, que la misma alma de Jesucristo existia antes de ser unida al Verbo; asi como su cuerpo antes de su union con su alma y con el Verbo habia sido formado en el seno de la Virgen. Pronunciaban mil blasfemias manifiestas acerca de la naturaleza y poder infinito de Dios, negando la perfecta igualdad de

(1) *Vit. S. Sabas, p. 365.*

(2) *Tom. 5. Concilior. pag. 635. et seq.*

las Personas divinas, y estableciendo una especie de proporcion aritmética del hombre al Hijo de Dios y del Hijo de Dios á su Padre. Limitaban la omnipotencia divina á no poder criar mas de un número determinado de espíritus, asi como una cantidad determinada de materia. Afirmaban que los géneros y las especies eran coeternos á Dios, defendiendo que no habia existido nunca sin criaturas. Y para colmo de sus absurdos decian, que los cielos y todos los astros estaban animados por almas racionales; porque siendo de figura redonda, que es la mas perfecta, eran de mayor perfeccion que todas las demas criaturas; y que por la misma causa los cuerpos debian tomar esta figura al tiempo de resucitar.

Encargó Justiniano al Patriarca Mennas que congregase á todos los obispos que se hallaban en la capital, y los obligase á anatematizar por escrito á Origenes con sus dogmas, y particularmente los artículos que acabamos de extractar (1); que acto continuo remitiese copias de todo lo que se hubiese tratado sobre esta materia á todos los demas obispos y á todos los superiores de monasterios, para que suscribiesen al anatema. «En lo sucesivo, añade el emperador, no podrá ser ordenado ningun obispo ni abad sin que antes haya anatematizado á Origenes con todos los demas hereges que se acostumbra condenar.» Advierte á Mennas, por último, que ha enviado la misma declaracion á los demas Patriarcas y al Sumo Pontífice. Remitióla en efecto, y todo el Oriente suscribió á ella del mismo modo que Constantinopla.

En Palestina mostraron el mas funesto despecho los monges origenistas. Los discípulos hereges del monasterio de San Sabas, separándose inmediatamente de la comunión de los que eran ortodoxos, se marcharon de la pequeña laura en la que no

todos los monges profesaban iguales ideas, y acamparon á la inclemencia en medio del campo, pero no se descuidaron en recurrir á la proteccion de Teodoro, arzobispo de Cesarea, que era su principal sosten y que entonces moraba en Constantinopla. Habia sido monge de la nueva laura de San Sabas y llegado á conseguir el título de exarca ó visitador; pero habiendo ido despues á Constantinopla con pretesto de defender el Concilio de Calcedonia, acompañado de otro abad origenista como él, llamado Domicio, tuvieron tal arte para insinuarse en la corte y adquirieron tanto crédito, que ambos llegaron á ser obispos metropolitanos; Teodoro, de Cesarea en Capadocia su patria, y Domicio, de Ancira en Galacia. Aconsejó por escrito el intrigante Teodoro á los monges cismáticos que se fueran con pies de plomo y que se limitasen por entonces á solicitar del patriarca de Jerusalem que para consuelo de sus almas declarase nulo en general y sin mas esplicacion todo anatema que no agrade á Dios. El patriarca Pedro, que era de buenas ideas rehusó al principio acceder á esta peticion singular, en la que sin embargo no veia grandes inconvenientes. Pero al fin, ya por errada política, ó ya por la esperanza de reconciliar los ánimos, declaró lo que deseaban. Advirtiése en breve que la condescendencia no era el verdadero medio de reducir á razon á estos apóstatas hereges, pues ni aun los mas moderados de entre ellos que ya habian vuelto á la laura guardaron de alli adelante ningun miramiento, y principiaron á dogmatizar, no solo entre sus hermanos, sino tambien en todas las habitaciones inmediatas. Trocóse muy pronto este celo desenfrenado en odio contra los que no los escuchaban, y particularmente contra sus mismos hermanos. Cuando hallaban al paso algunos monges ortodoxos, los insultaban públicamente llamándolos Sabaitas, por irrision de su santo maestro, y

(1) *Tom. 5. Concilior. pag. 670.*
B. del G., tomo XVII. — IV. — HISTORIA ECLÉSIASTICA. — Tomo II.